

# SIEMBRA ANUAL DE LIBROS



## VIENTOS

Con el viento a su favor, se apresuró en decir que era buen remero y, aún viendo la vela izada, se convenció de que la velocidad a la que se desplazaba era una consecuencia de su esfuerzo.

En los días en que se cruzaba con otros navegantes, este marinero observaba el tamaño de las embarcaciones. A los que ostentaban grandes carabelas los respetaba; "¡qué gran barco, Señor Capitán!" les decía esperando que suceda lo que no sucedía (que lo invitaran a quedarse). Quizás algún que otro acaudalado lo invitaba a observar su fortuna, le compartía alguna fruta o incluso un licor, pero luego el marinero debía volver a bajar a su barco.

Cuando se encontraba en cambio, con otros botes más pequeños y lentos que el suyo, se burlaba: "¡No saben remar!", gritaba y se reía a carcajadas.

No se sabe si él realmente creía que todo dependía de la destreza del remero o si en realidad sabía que en buena medida dependía de la dirección y velocidad del viento pero no lo decía para que nadie pusiera en duda sus habilidades en altamar.

Un buen día el viento cambió y tan rápido como había avanzado, empezó a retroceder y pese al esfuerzo que hizo remando como loco, su barco fue en cualquier dirección.

En vano intentó decir a otros marineros, para disimular su vergüenza, que ahora el lugar al que había que ir era hacia donde él estaba yendo. Los canoeros y navegantes de pequeñas embarcaciones no le creyeron puesto que sabían muy bien lo que había en aquella dirección ya que de allí venían, y de allí, con mucho esfuerzo, habían huido.

Tras poco tiempo, el marinero vio allá al final del paisaje, aquello que había olvidado tras años de navegar en aguas mansas: el abismo.

"¡Cierto!", recordó. Bajó la vela y empezó a remar en el sentido opuesto; el sentido en el que hasta hace poco tiempo soplaba el viento.

Pero era tarde, no era tan fuerte como para que su suerte dependa de su destreza para remar, y a esto se sumaba el hecho de que cada vez que otro bote o embarcación pequeña aparecía a la vista, dejaba de remar para que no lo vieran haciendo el esfuerzo en vano y tener que admitir que se había equivocado.

Y cuando ya estuvo al borde del abismo y vio que caería sin remedio, mirando al cielo se quejó ante los dioses:

– ¡¿Por qué me hacen esto?!

- Martín Fogliacco -

Proyecto Puntos de Lectura - 21.D.2018



Universidad  
Nacional  
de Córdoba



Secretaría  
de Extensión  
Universitaria



Puntos de  
Extensión  
UNC